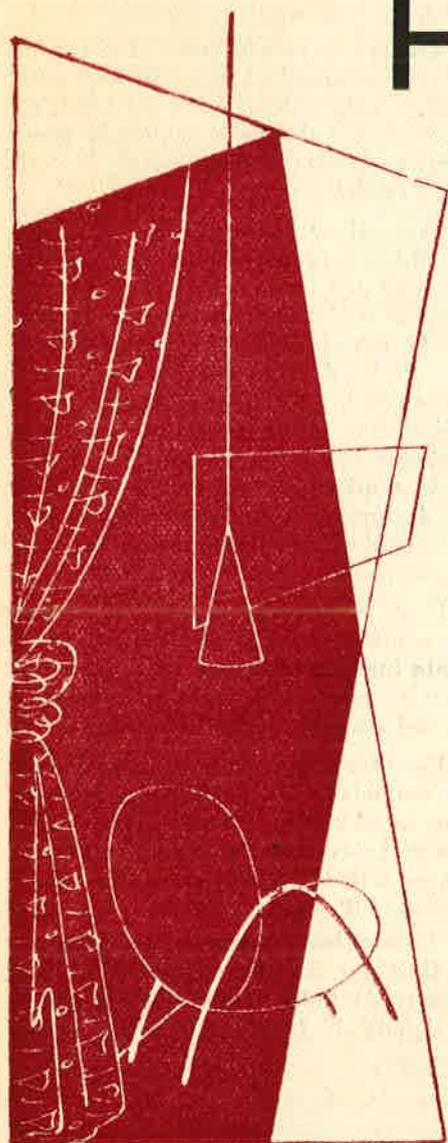


# DIALOGO MUNDIAL SOBRE LA FAMILIA

*Gonzalo Haya, S. J.*



**D**OS Congresos sobre la Familia se han celebrado en Madrid durante la primera quincena de julio: el de la Unión Internacional de Organismos familiares, y el Segundo Congreso Nacional de Familia Española.

Los congresos son un gesto de las relaciones sociales. Algo así como los salones del s. XVIII. Por su fondo humano se han impuesto aun a las asociaciones obreras. Se asiste para ser presentados, para apreciar nuevos puntos de vista, para contrastar experiencias ajenas. Si a veces las formas corteses degeneran en formulismos, no es porque sobren las maneras corteses, sino porque falta la cortesía.

La familia es uno de los valores espirituales básicos. Es el primer santuario religioso. La escuela de la vida. El único clima de maduración psicológica y humana.

Como el aire, la familia es indispensable en la vida racional. Dios, que se comprometió con el hombre, instituyó la familia no sólo como derecho u obligación, sino también como propiedad esencial. Ni ha faltado nunca, entre el

más animado folklore, ni se extinguirá jamás. Testigo, el fracaso de las Comunas rusas y chinas. Marañón sostenía tajante que "ni entonces (s. XVIII), ni ahora (1934), ni nunca, le pasará nada fundamental a la familia" porque es la columna vertebral del mismo progreso humano que provoca a veces los remolinos de confusión (Amiel c. V)

La familia es la garantía de los valores humanos y espirituales. Dios no los impone como los instintos —la calidad de lo espiritual pide libertad y amor— sino que los insinúa, estableciendo en la familia las condiciones favorables para su desarrollo. Tal es el proceder de Dios; cuando quiere una planta, entierra la semilla; si pide un sacrificio, depara la leña y el cordero. Dios nunca coacciona, pero siempre sugiere. El coaccionar inhibiría nuestro amor; el no sugerir negaría el suyo.

La familia es la semilla de sus dones. El cáliz que consagra en el amor las tendencias primitivas del sexo y la acción, las extraversiones normales. Sin precisión de términos, a modo de metáfora, diríamos que la familia es el sacramento de la ley natural, el paraíso al que Dios baja para hablar con los hombres.

Creado a su imagen y semejanza, el hombre es amor. Amor difusivo o social, y amor pro-creador. La Paternidad y Filiación divinas unidas en el Amor personal, reflejaron en el barro de la tierra la imagen de la familia. Como toda la actual economía del amor, la familia está acuñada en el sacrificio. La felicidad de los padres no puede dejar al margen a los hijos; la poseerán, con madurez humana, en el olvido propio para encontrarse en el crecer de sus hijos.

La familia es un tema sugestivo de conversación. Interesa a todos, porque todos componen una familia.

Para facilitar a otros una felicidad semejante a la nuestra, hemos de defender a la familia con todo el influjo de nuestra profesión, tanto en las consultas privadas como en las iniciativas

públicas. Médicos, abogados, arquitectos, ingenieros, periodistas, educadores, productores, editores, fabricantes, (y cualquier profesión de carácter intelectual) pueden elaborar encuestas, estadísticas, informaciones, proyectos tanto para la iniciativa privada como para estimular a los organismos públicos.

El cine y el TBO pueden instruir al niño y entretenerlo sin excitarlo. El juguete, aficionarle a la mecánica, electricidad, floricultura, dibujo, fotografía, arte. Las típicas colecciones infantiles podrían facilitarle algo más que futbolistas o cromos de cine. Si se le da instrucciones sencillas o modelos, el niño busca determinados insectos, plantas, cultivos, y organiza con gusto excursiones o paseos para encontrarlos. Podría ser un buen anuncio para algunas firmas comerciales.

Sería necesaria una organización inteligente y desinteresada que alentara la buena voluntad común y defendieran a la familia contra la necesidad de diversiones tóxicas creadas por la propaganda comercial.

Las mismas asociaciones religiosas —colegios, hermandades, obras pías— han disgregado, sin quererlo, a los miembros de la familia.

Todos hemos de contribuir. Quizás sea necesario dedicarle un tiempo que reportaría otros ingresos, quizás producir un género menos remunerado o arriesgarse a nuevos modelos, quizás leer y pensar para salir de la rutina.

Los valores espirituales exigen frecuentemente algún sacrificio material. La cortesía también impone renunciencias, sin las que sus gestos degeneran en hipocresía de salón.

Ambos congresos han tratado del trabajo de la mujer. Con este motivo se han difundido encuestas y artículos.

Derechos de la mujer, igualdad con el hombre, enriquecimiento humano, influjo social, trabajos que requieren su delicadeza, necesidades económicas.

Son las principales razones a favor del trabajo de la mujer.

Por otra parte hay que considerar que la actividad social podría desviar a la mujer hacia el rasante masculino, difuminando su perfil psicológico. Sus alteraciones orgánicas padecerían el standard industrial. Su afectividad se transformaría quizás en dinamismo, y el hogar en una pensión mejor o peor atendida.

Faltan estudios detallados del problema. De la carta de Su Santidad a nuestro Segundo Congreso Nacional se desprenden dos principios que cada matrimonio —o el padre para sus hijas menores— debe mantener: que la mujer pueda atender su hogar, material y afectivamente; y que el trabajo se acomode a su fisiología y psicología. Salvados estos principios el trabajo será cuestión de circunstancias y preferencias. El Estado debe velar para que ninguna mujer se vea obligada a trabajar en contra de estas dos normas fundamentales.

El problema es complejo. La solución, difícil en una economía débil. Por eso se requiere la sugerencia y aportación de todos.

Se celebraron reuniones provinciales para preparar los temas del Congreso Nacional: la familia según los principios del Movimiento, la educación escolar, la moralidad pública.

Las familias como núcleos esenciales del Estado deben tener en él una representación directa, en cuanto tales familias. Y aquí conviene sacudir nuestro escepticismo, participar en las reuniones, flexionar nuestra mentalidad de reyzelos taifas, y acometer todos juntos hasta lograr eficacia. Sólo es lícito desconfiar de los Congresos cuando todos les hayamos prestado algo de nuestro esfuerzo. Es de alabar la iniciativa de algunas asambleas provinciales que han establecido reuniones periódicas.

Son los padres quienes deben estudiar los problemas de sus hijos y pe-

dir la ayuda estatal para las soluciones que rebasen sus posibilidades. Lo mejor del Estado debe ponerse a contribución para formar las nuevas generaciones, por las que se sacrifican con amor paterno las presentes.

Hay que conseguir mayores facilidades para que todos los chicos tengan acceso al estudio. Y puesto que son los padres quienes viven las dificultades concretas, deben planear ellos mismos las soluciones pidiendo la ratificación estatal. Esto requiere amplitud y constancia en estas asambleas provinciales.

Más aún nos falta por hacer respecto a la moralidad y ambiente de la juventud. Los padres más acomodados han descargado su responsabilidad en las asociaciones eclesásticas; los demás han sucumbido a la evidencia de lo inevitable. Pero estas asociaciones apenas han logrado ampliar sus energías al horario extracollegial, que constituye el verdadero ambiente del joven. La iniciativa privada ha intervenido en forma de negocios—Tebeos, cine, futbolines— explotando las debilidades y caprichos para obtener mayores ingresos. La formación juvenil por parte del Estado se ha presentado hasta hace poco con una marcada fisonomía, en la que de hecho no ha entrado más que un determinado grupo de la sociedad. Interesa estimular a los diversos organismos provinciales o nacionales para el incremento de parques infantiles, terrenos de deporte, salones de juego, bibliotecas, cine infantil, cine-clubs, ediciones amenas e instructivas, montañismo, certámenes artísticos o de habilidades manuales, y otras amenidades educativas.

Dos congresos han exteriorizado el gesto de España en esta tertulia mundial sobre la familia. El valor de ese gesto no estará en su propia elegancia, sino en relación a nuestro proceder. Si le acompaña una actitud de austera honradez y esforzada eficacia, nuestra cortesía será noble y viril. De otro modo se quedará en un mohín versallesco.